



## LIBRO SEGUNDO.

### I.

VIVI de esta manera refrescando mi dolor, como el aire frío refresca la quemadura de una mano, hasta la entrada del otoño. La recogida y voluptuosa monotonía de mi vida, no se hallaba interrumpida mas que por una correspondencia rara, pero íntima y tierna, que seguía yo con *Salucio*. *Salucio* era el nombre de un amigo del que no he hablado aún. He aquí cómo nos conocimos y amamos.

Habia, en el cuerpo de la casa militar del rey, donde mi padre me habia hecho servir algunos años, un jóven breton, cuya belleza, juventud, cordialidad y candor, carácter de aquella noble raza, me habian simpatizado. Tambien él habia probado el mismo sentimiento. Los dos nos hallábamos en esa época de la vida en que las amistades se hacen rápidamente; no se reflexiona sobre los atractivos. Se ve uno, se agrada, se habla, se confía recíprocamente sus pensamientos: si son conformes se aísla no de la multitud; uno se abandona al amigo sino

con pesar; se busca uno; se ama; haciendo ambos todo esto. De esta manera me hallaba yo ligado fraternalmente con aquel compañero de mi vida. Teniamos los mismos gustos militares y literarios, el mismo sentimiento de la poesía, la misma inclinación hácia la poca soledad que nos permitía la vida de guarnición en provincia, ó de cuartel en Paris, los mismos hábitos de familia y las mismas opiniones de nacimiento. Me hablaba del mar, yo le hablaba de mis montañas. Al concluir el ejercicio, dábamos juntos largos paseos en los verdes valles, sembrados y monótonos de la trivial Picardía. En pocos meses nos veíamos como hermanos: él sabía todos mis secretos, yo todos los suyos. No habria sido extraño en su familia, si hubiese sido conducido por la casualidad hasta su puerta; él, habria reconocido á mi padre, á mi madre y á todas mis hermanas, por la pintura que de ellas y de nuestra casa le habia hecho.

El padre de *Salucio* habia emigrado á Inglaterra con su mujer, su hijo y una niña en la cuna, despues de los primeros reveses de la Vendée, habiendo sido confiscados sus bienes. Un tío eclesiástico, anciano, rico y provisto de un empleo importante en Roma, en la chancillería del Vaticano, habia llamado á Italia al padre de *Salucio* y su familia. Se hallaban establecidos en Roma. El tío habia muerto, dejando su palacio cerca de Albano y una fortuna considerable á su sobrino. Ese sobrino, padre de mi amigo, se habia completamente desterrado y hecho romano. En el momento de la entrada de los Borbones en Francia, se habia puesto en camino para ir á reivindicar á su patria, recohrar su título y la recompensa de su destierro. Habia dejado en Roma á su mujer y á su hija, conduciendo á Paris al jóven, y lo habia colocado en el mismo cuerpo en que me habia puesto mi padre. De allí habia ido á Bretaña, recuperado los bosques que no se habian vendido, y rescatado en un precio bajo, de un comprador que no se consideraba más que como depositario, la antigua habitacion de sus padres. La muerte le esperaba en el lugar de su nacimiento. Cazando con sus antiguos

amigos en sus bosques paternos, tan felizmente recobrados, tropezó su caballo y lo arrojó contra una encina. Salucio fué á tributar los últimos deberes á su padre, y á tomar posesion de la mitad de su herencia, volvió despues á despedirse de mí en Beauvais y partió con objeto de reunirse con su madre y hermana en Roma. Su partida me dejó escesivamente triste, y fué una de las causas que me hicieron dejar inmediatamente aquella profesion enojosa en tiempo de paz. Pero como yo habia sido el primer amigo de su pais que habia tenido, la amistad habia producido profundas raices en su corazon. Mi recuerdo formaba en lo de adelante parte de su vida. Manteniamos una correspondencia imagotable; viviamos verdaderamente en dos lugares á la vez, él donde yo estaba y yo en Roma con él. Dicha correspondencia formaria un volúmen, y descubriria en aquel jóven una mezcla de breton y de romano, una de esas mixtas naturalezas dignas de estudio, heróica y salvage, segun su corazon, artista y contemplativa cual su imaginacion: ambas partes encarnadas en un mismo hombre. Ese contraste era el que me hacia amarle tanto, porque encontraba en él un reflejo de mi carácter. Las grandes naturalezas como la suya, son dobles. Dad dos patrias á un niño y le dareis dos naturalezas. Tú mismo juzgarás por los fragmentos de las cartas de Salucio, que han escapado á la destruccion del tiempo y que he encontrado clasificadas en el antiguo armario de la biblioteca de mi tio, donde las colocaba despues de haberlas leido muchas veces.

II.

Ha sido necesario decirte todo esto para hacerte comprender una de las carreras mas inesperadas y una de las desapariciones mas misteriosas de mi juventud. Pensarás lo que quieras, que fué locura ó afecto; mas importa poco. Lo que he hecho no puede cambiarse; ni lo que he dicho retractarse. Las confidencias son las confesiones de la amistad, y á ésta toca tambien el absolverlas.

III.

Una tarde de las últimas del mes de Julio, volviendo á caballo con mi fusil en la espalda, en el gran musgo, desierto que se estiende entre dos tresbolillos de tilos, ante la puerta del castillo de mi tio, quedé muy admirado al encontrar un postillon de la posta vecina del *Pont-de-Pany*, que me entregó una carta muy urgente, escrita en la posada de la aldea, pidiéndome la respuesta.

Sin apearme del caballo abrí la carta y la leí. Estaba escrita en italiano, idioma que mi larga permanencia en Italia me habia hecho tan familiar como el materno. He aquí su traduccion:

“Dos damas que acaban de llegar de Roma, informadas por el conde Salucio de \*\*\*, que su amigo se halla en el castillo de Urcy, le suplican tenga la bondad de dirigirse á la posta del *Pont-de-Pany*, en cuya posada lo esperan, no teniendo mas esperanza que en él. Sus nombres no le son tal vez desconocidos; pero se hallan convencidas de que su cualidad de extranjeras y de fugitivas será suficiente para asegurarles su interés y su indulgencia.

Condesa LIVIA D\*\*\*,

Y su nieta, princesa REGINA D\*\*\*.”

IV.

Reconocí al instante los dos nombres que llenaban las cartas de Salucio. Lo único que no podia comprender era su llegada á Francia sin él, su estancia en una posada, en un camino indirecto de Borgoña, y en fin, el título de fugitivas que se daban. Mi tio, á quien los cascabeles del caballo del postillon habian

atraído al vestibulo, se sonreía con finura y bondad, al ver mi asombrada fisonomía y la atención con que leía y releía yo aquella carta.

—“Nada de misterios conmigo, me dijo fijando en mí su vista; los héroes de novela tienen siempre necesidad de un confidente. He desempeñado ambos papeles en mi juventud. No pienses que sea el primero que esas maravillosas y errantes bellezas de quienes el postillon ha hablado al beber su vaso de vino, vengan á ofrecermé; pero puedes darme el segundo, seré discreto: esta es la virtud de la indulgencia.

—“Os juro, le dije, que no hay en este mensaje ningun misterio concerniente á mí. Frecuentemente me reprendeis mi melancolía, cuya causa no ignorais. Mi corazón es incapaz de entregarse á ningun encanto en la tierra.”

Me mostró con el dedo el tilo enorme y copado, á cuya sombra habia detenido mi caballo.

—“¿Ves ese tilo? me dijo; es mas viejo que tú, ¿es verdad?”

—“Sí.

—“Pues bien, lo he cortado cinco veces en veinte años, y tiene mas savia y ramas que cuando llegué aquí.

—“Sí, le respondí tristemente; pero ese es un árbol y yo soy un hombre. Haced destruir su corteza y quemar las raíces y vereis si reverdece.”

Entramos conversando de aquella manera, él con alegría, yo con gravedad. Despaché al postillon con una carta, en que decia, que el nombre de mi amigo Salucio era para mí un talisman, y que llegaria tan pronto como el mensajero al Pont-de-Pany. No tuve mas tiempo que para montar de nuevo á caballo y galopar por un sendero que atravesaba los bosques y que me ahorró casi la mitad del camino, para llegar antes de anochecer al Pont-de-Pany.

Bajé del caballo. Un correo italiano, con su magnífica librea, me condujo atravesando el patio hácia un pabellon aislado, que miraba á los prados y que formaba parte de la posada. Habia dos ó tres cuartos para los viajeros distinguidos, á quienes sorprendia con frecuencia la noche en aquella posta, al pié de la montaña de Somberton, y que no querian aventurarse en medio de las tinieblas. El correo me anunció á una ama de gobierno ó nodriza vestida como las paisanas de Tivoli, trage que hizo latir mi corazón, porque me recordó á *Graziella*. Aquella muger de edad avanzada, me abrió la puerta de la habitacion de sus amas, y entré.

Creí entrando y percibiendo la deslumbradora belleza de la jóven princesa, que se levantó para recibirme, que mi tío tenia razón, y que, si el corazón crea algunas veces la belleza, ésta tambien era capaz de crear un nuevo corazón en el que envolvía con sus rayos. Es preciso que yo procure al menos describir la escena que nunca se ha borrado de mi memoria.

La pieza era inmensa, amueblada como lo están las de las posadas de una aldea, con dos camas grandes con sus cortinas color azul de cielo; almofreces, maletas, chales y capas de viaje cubiertas de polvo, se hallaban colocadas sobre las sillas ó en los rincones. Una sola ventana que caía á una hermosa pradera; los últimos rayos del sol iluminaban el cuarto y las figuras, con esa luz polvorosa y suave que se asemeja á una lluvia de oro en la cima de los árboles y allá en el horizonte. Aquella luz que penetraba por la entreabierta cortina azul, formaba una brillante diadema en la cabeza, iluminando el cuello y las espaldas de la jóven. Era alta, esbelta, pero sin ninguna de esas fragilidades demasiado delicadas, y de esa enfermiza flacura que despojan de su encarnación á las jóvenes de diez y seis á diez y ocho años en nuestros climas tardíos del Norte. Su talle, sus brazos, sus

espaldas, su cuello y sus megillas, se hallaban revestidas de esa redondez del mármol, que manifiesta la plenitud de vida en la estatua de la Psiquis de Canova. Aunque su talle fuese ligero y aéreo, nada lo doblegaba. Era el aplomo de la bailarina que sostenida sobre la punta del pié, levanta los brazos para tocar las castañuelas en la arena de Castellamare. Estaba cubierta con un vestido de seda negro, como todas las italianas de aquel tiempo. No tenia, sobre aquel simple vestido, ni chal ni mantelita que ocultase sus hombros, ó que impidiesen al apretado tejido de seda, dibujar, como un vestido mojado, los contornos del cuerpo. El vestido era muy corto, cual si la que lo llevaba hubiera crecido despues de haberlo hecho: por esta razon permitia ver dibujarse, colocados en la alfombra, dos piés un poco mas grandes y menos esbeltos que los de las francesas. Aquellos piés no se hallaban verdaderamente calzados, sino que descansaban libremente en dos pantuflas de raso amarillo, cubiertas de lentejuelas de acero y bordadas con cordoncillos de diversos colores. Su cuello se encontraba enteramente desnudo; un hermoso camafeo, sostenido por un collar de terciopelo negro, hacia resaltar claramente su brillante blancura. Fuese por efecto del sol, que entrando por la ventana reflejaba en su frente, fuese por la emocion y el pudor que causa siempre la presencia de un desconocido, ó porque lo que tenia que decirme la agitase con anticipacion, ó sea, en fin, por su naturaleza llena de vida, toda la sangre que circulaba por sus venas parecia haberse concentrado en su rostro.

En cuanto á la espresion de sus ojos, de un azul tan oscuro como las aguas del Tívoli en su abismo, de su boca, cuyas líneas graves y un poco acentuadas, parecian á la vez encubrir y manifestar su alma, de aquella dulzura que la impelia y aquella magestad natural que la contenia en su atraccion hácia mí, no trataré jamas de describirla. La luz se ve, mas no puede describirse. Una redecilla de seda carmesí, como las que se ponen en la cabeza las mugeres del Mediodía cuando viajan, ó en el

interior de sus casas, sostenia sus cabellos. Mas los cordones del tejido, destrozados en muchos lugares por el roce del carruage, dejaban escapar espesos rizos y permitian distinguir su abundancia, su suavidad y color. Aquellos cabellos eran rubios; mas de ese color amarillento que recuerda la caña de la paja de trigo calcinada y bronceada por el mes de la canícula en los llanos de las campiñas de Roma; rubio que es un reflejo de fuego en las cabelleras del Mediodía, como es un reflejo helado en las del Norte. En su estremidad, sus cabellos cambiaban de color como los de los niños; atados en el centro de la cabeza bajo la redecilla, con un liston color de fuego, formaban una especie de diadema natural, en la que brillaba el sol.

Así se adelantó hácia mí la princesa Regina. No sabia yo si habia mas deslumbramiento que ternura en sus facciones. Permanecí inmóvil y como asfixiado de admiracion.

## VI.

A su lado, sobre un colchon estendido en el suelo y cubierto con una piel blanca con manchas negras, reposaba, con la cabeza apoyada en su brazo, una muger de edad avanzada, envuelta en una capa de terciopelo negro. Su rostro, aunque marchito y lleno de muchas arrugas, principalmente en las megillas y en la barba, conservaba la marca de una gran belleza, que habia desaparecido; pero dejado su lugar visible en las facciones. Una nariz modelada como por el cincel de un escultor, ojos negros rasgados, bajo los perfectos arcos de las cejas; una boca casi imperceptible en las estremidades, pero cuyos labios conservaban esas líneas graciosas y fuertes; dientes de marfil; una frente ancha y varonil, dividida en el centro solamente por la arruga del pensamiento; rizos de cabellos negros, apenas surcados por algunas venas blancas, que se veian á través de una redecilla oscura, y encerrados como serpientes en las sienas; un aspecto

lánguido y enfermizo, que se manifestaba en el tinte de la piel, en la languidez de la postura y en el timbre, grueso y cascado de la voz: tal era la condesa Livia D\*\*\*, abuela de la jóven.

Al presentarme en el cuarto, se levantó con esfuerzo, apoyándose sobre el codo; seguía con la vista la fisonomía y los movimientos de su nieta, como si la una hubiese sido el pensamiento y la otra el gesto y la voz de aquella escena. Se veía que el alma de la madre no se hallaba en ella, sino en su hija.

### VII.

“Señor, me dijo en italiano la jóven, con una voz un poco temblorosa, mas con un acento tan sonoro y tan tierno, que al escucharlo se creía oír una cascada de perlas cayendo en una taza de mármol; yo soy la princesa Regina, y la condesa Livia, mi abuela, la que teneis delante. Sé, por el que es vuestro amigo, y para mí todo. . . . . que el nombre de *Salucio* es suficiente para nuestra mutua presentacion; y es el nudo de nuestro corazon y del vuestro. Conoceis nuestra vida por sus cartas; nosotros os conocemos por las vuestras: no hay secretos para nosotros, supuesto que no los teneis para él. Os conocemos, pues, aunque no nos háyamos visto jamas, como si yo fuese Salucio y vos fuéseis mi propia persona. Suprimamos, pues, el tiempo y las ceremonias entre nosotros, añadió aproximándose con viveza hácia mí, como si hubiera sido mi hermana, y tomando una de mis manos entre las suyas, bellas y temblorosas: seamos amigos en una hora como lo seriamos en diez años. ¿De qué serviría el tiempo, dijo con un movimiento de impaciencia, en que se manifestaba la energía de su voluntad, ¿de qué serviría el tiempo, si no fuese para amarse mas pronto?”

Diciendo esto se encendió como una brasa, sobre la que sopla el aliento para avivarla. Yo me sonreí, me incliné, y balbucí algunas palabras de felicidad, de afecto, de servicios á toda

prueba, de la amistad que profesaba á Salucio, que tenia razon al confiar en mí como en sí propio. A todo lo que decia su nieta, y á lo que yo contestaba, la anciana hacia movimientos con la en cabeza señal de aprobacion, arrojando algunas exclamaciones. Regina se colocó á sus piés á la orilla del colchon, y yo tomé una silla, en la que me senté á corta distancia de aquel grupo admirable.

### VIII.

“Y bien! vamos á decíroslo todo en dos palabras, exclamó Regina, fijando sus hermosos y húmedos ojos en mi rostro, como para interrogarme ó enternecerme. Primero, añadió ella interrumpiéndose, como si hubiera cometido una indiscrecion; qué loca soy; tengo una carta para vos y no os la he dado.”

Y al pronunciar estas palabras sacó de su seno una hoja de papel, doblada en forma de corazon, y me la entregó, tibia todavía, con el calor de su pecho. El papel no estaba cerrado; lo abrí. Reconocí la letra de Salucio y leí:

#### FORTALEZA DE \*\*\*, ESTADOS ROMANOS.

“La que te entregue este papel, es mas que mi vida. Me hallo prisionero; pero me consideraré libre si ella lo está. Va á Francia á ocultar su nombre y su existencia. No puedo dirigirla mas que á tí; ocúltame mi tesoro, y sé para ella lo que yo habria sido con la que tú has amado.

SALUCIO.”

No me sorprendió aquella carta, y la prision de Estado en donde estaba fechada. Las cartas anteriores de Salucio me habian preparado suficientemente á alguna catástrofe de aquel género. Sin embargo, arrojé una exclamacion de dolor mas bien que de asombro.

—¡Ay! sí, dijo la anciana, salvándonos se ha perdido; pero paciencia, se juzgará el proceso; tengo amigos aún entre los jueces. La justicia triunfará, no lo dudo.

—Y el amor, exclamó la jóven besando un retrato que se hallaba colocado en un bracelete, en el brazo de la condesa, y en el que reconocí las facciones de Salucio.

Entonces me refirieron sucesivamente, y con frecuencia ambas á un mismo tiempo, el desenlace de una pasión cuyas diversas fases conocía yo ya por la correspondencia de mi amigo. Vertieron torrentes de lágrimas las dos extranjeras durante la relación; apenas podía yo contener las mías. Concluyeron por implorar mis consejos, mi dirección y mi apoyo durante el destierro á que las condenaba su infortunio. Si la amistad y la piedad no hubieran sido suficientes para obligarme al más absoluto afecto hácia su suerte, la maravillosa belleza de Regina no me habría dejado la facultad ni aun de vacilar. Su mirada, su voz, su sonrisa, sus lágrimas, el torbellino de atracción, al que arrastraba y subyugaba á todo lo que se le aproximaba, no hacían que yo sintiese sino la felicidad de dedicarme á la vez á un deber y á un atractivo. No estaba enamorado; el estado de mi alma, y mi deber para con mi amigo cautivo, me hubieran formado un crimen con el solo pensamiento de amarla. Estaba más que enamorado. Sus miradas habían absorbido mi voluntad. Sentía yo que penetraba en aquella atmósfera de rayos, de languidez, de fuego, de lágrimas, de esplendor y de melancolía, de luz y de sombras, que envolvía á aquella mágica de veinte años. La hubiera yo seguido involuntariamente, como la hoja muerta sigue al viento que la arrastra. Un amigo, un salvador, un hermano, un esclavo, un mártir, una víctima voluntaria, un hombre complaciente, en fin; todo, todo podía hacer de mí, excepto un amante.

Ella lo deseó y lo hizo.

Comí con las dos extranjeras, y permanecí mucho tiempo después en la ventana que daba á los prados, que iluminaba una

hermosa luna, conversando en voz baja con Regina, de su amor y de mi desgraciado amigo. Su abuela, enferma y siempre acostada en el colchón, gemía y suspiraba en la sombra del cuarto, bajo la horrible perspectiva de morir en el extranjero, dejando á su nieta en el destierro y á merced de la tiranía que quería oprimir su corazón. La consolé con la esperanza de que muy pronto sin duda se volvería la libertad á Salucio, y con las protestas de afecto á su infortunio pasajero. Diferentes ideas se acumulaban en nuestras imaginaciones, sin detenerse en ninguna: en fin, las convencí y obligué á que descansasen toda la mañana del día siguiente en el Pont-de-Pany, para que con aquel descanso recuperase sus fuerzas la condesa: le prometí volver á la noche siguiente á ponerme á sus órdenes, para acompañarlas hasta donde hubieran decidido ir á establecerse. Dije á la abuela que me mirase como á un hijo, y á Regina que se fiase de mí como de un hermano. Encontrando en mi boca las palabras y el acento de su patria, que yo había conservado en mi prolongada permanencia en Roma, creían encontrar su cielo y su naturaleza. Me despedí de ellas, y pasé lentamente, con la vista deslumbrada, retumbándome los oídos y con el corazón turbado, las gargantas profundas y siniestras que serpentean desde el Pont-de-Pany hasta el castillo de Urcy. Mi tío dormía hacia mucho tiempo.

## IX.

Al despertar, le referí la escena de la víspera, y la resolución que había tomado, de dedicarme á las dos extranjeras. Fingió creer mis palabras, pero observé en sus sonrisas, que en el fondo no me creía tan desinteresado en aquel encuentro, como en efecto lo estaba. Fuese lo que fuese, jamás se incomodaba por nada; era la indulgencia de la naturaleza envejecida en la reflexión, sobre lo inútil que era la severidad: “Haz lo que quieras,

me dijo, ahí está el cajon de mi escritorio; toma con medida pero con libertad. Si es un amor, el tiempo lo curará; si es una amistad, el tiempo podrá muy bien desnaturalizarla. Eres muy jóven para ser el tutor de una muger tan hermosa como pintas á tu italiana; cuidado con el corazon: nunca está mas en peligro de despertarse que cuando duerme!"

Lo tranquilicé; me causaba horror hasta el nombre de amor. Le manifesté algunas cartas de Salucio. Le referí toda la historia de la pasion de aquellos dos corazones predestinados, por mejor decir, el uno para el otro.

Pero observo, demasiado tarde, recogiendo y completando estas notas, que no he relatado la historia de aquellos dos amantes. Voy á referirla en este lugar, gracias á las cartas de Salucio, que subsisten casi todas en el gran cofre de papeles que he salvado de los restos de la biblioteca de Urcy.

### X.

He dicho que los padres de mi amigo habitaban en Roma desde el fin de la guerra de la Vendée; tenian un hijo y una hija. Eran ricos; poseian en los Estados romanos su palacio de Roma, tierras considerables, aunque poco productivas, en los Abruzes. Sus dos hijos eran poco mas ó menos de mi edad. La jóven se llamaba Clotilde. Ambos hermanos se parecian como dos gemelos. Aquella semejanza, que habia formado frecuentemente el encanto y diversion de sus parientes, durante su infancia, debia mas tarde ser fatal para Salucio. Se va á ver de qué manera.

### XI.

Cuando la jóven Clotilde llegó á la edad de doce ó trece años, sop adres de Salucio la pusieron en uno de los numerosos con-

ventos de Roma, de los que no salian las jóvenes de las casas nobles de Italia, mas que para contraer matrimonio. Aquel convento, resto de un vasto monasterio de mugeres, reducido por la Revolucion á un corto número de religiosas, ancianas y enfermas, no contenia mas que tres ó cuatro, y siete ú ocho niñas de las grandes casas del Estado romano. Entre aquellas discípulas solo dos llegaban á la adolescencia, que eran Clotilde y Regina. Las demas eran niñas de siete á ocho años. Aquella igualdad de edades y diferencia de patrias, en medio del aislamiento que la superioridad de los años creaba entre las dos jóvenes, debia naturalmente unir las con mas estrechez. No tardaron en formar una de esas amistades apasionadas que forman el encanto y el consuelo en la soledad, donde los corazones nuevos encuentran otros iguales, para recibir y corresponder sus primeras confianzas.

El convento se hallaba situado en el cuartel inmenso y desierto de la *Longara*, que se estiende desde Transtevére hasta la columna de San Pedro. Es una calle interminable, cuyas fachadas son sucesivamente palacios, monasterios ó casas de un aspecto miserable, habitadas en otro tiempo por las numerosas familias pobres que dependian por sus funciones de los altares, de las sacristías, ó que se empleaban en el servicio de esa Basílica, capital del catolicismo. En la época de que hablo, aquellas casas parecian desiertas, ó pobladas solamente por ancianos, mugeres pobres é indigentes.

Entrando en aquella calle, cuyo antiguo esplendor se manifestaba en algunos portales admirables de iglesias y en la aruinada arquitectura, de aquellos inmensos palacios, se sentia una de esas impresiones que no se conocen en el Norte de Europa, una tristeza oriental, una luz melancólica, una consternacion que oprime el corazon sin que se sepa por qué. Era el contraste de un cielo azul y claro como el lapislázuli reflejándose sobre las tejas rojas y el ardiente suelo, en una soledad y en un silencio, que dan al dia alguna cosa de la vaga inmensidad y del